

Capítulo 3

Fidelidad a prueba de fuego

([índice](#))

Daniel 3:1: El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro cuya altura era de sesenta codos y la anchura de seis codos; la levantó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia.

Tan impresionado quedó el rey cuando Daniel le explicó su primer sueño (capítulo 2), que comenzó a reverenciar a Dios. Pero por desgracia retrocedió. Su corazón no estaba todavía realmente convertido. El orgullo volvió a predominar, y comenzó a adorar ídolos más celosamente que antes.

El rey decidió ahora mejorar la imagen que Dios le había mostrado en su sueño. No le bastaba con ser “[aquella cabeza de oro](#)”. No le complacía la idea de que otro imperio hubiera de sucederle. Decidió hacer una imagen completamente de oro para expresar la idea de que su Imperio de Babilonia permanecería por siempre. El orgullo llevó a Nabucodonosor a luchar contra Dios.

Los consejeros del rey lo apoyaban. ¡Gran patriotismo! Querían que se olvidara la interpretación que Daniel dio del sueño. Se debía tergiversar la lección que Dios dio, a fin de enseñar a la gente la mentira. Ese fue otro capítulo en la gran controversia entre Cristo y Satanás. Pero Daniel seguía vivo, y también sus tres compañeros. Sin duda debieron reunirse frecuentemente para orar. Debieron orar para que Dios interviniera por el bien del evangelio, y mientras ellos oraran el Señor no abandonaría el imperio.

La gente de Babilonia nunca había visto algo tan impresionante como aquella nueva imagen recubierta toda ella de oro. No hay motivo para creer que hubiera de ser de oro macizo, lo que la habría hecho extremadamente cara por más que el oro abundara en Babilonia. Pudo tratarse de una imagen cubierta de una lámina de oro. La altura de la estatua era de sesenta codos, que son unos dieciocho metros. Probablemente descansaba sobre un pedestal. Los arqueólogos creen haber identificado la llanura de Dura con “Tulul Dura”, situada unos 10 km al sur de donde estuvo la antigua Babilonia (que corresponde al moderno Irak).

Daniel 3:2-7: Ordenó el rey Nabucodonosor que se reunieran los sátrapas, los magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces y todos los gobernadores de las provincias, para que vinieran a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado. Se reunieron, pues, los sátrapas, magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces y todos los gobernadores de las provincias, para la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado; y estaban en pie delante de la estatua que había levantado el rey Nabucodonosor. Y el pregonero anunciaba en alta voz: “Se os ordena a vosotros, pueblos, naciones y lenguas, que al oír el son de la bocina, la flauta, la cítara, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha levantado; y cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será echado dentro de un horno de fuego ardiente”. Por lo cual, al oír todos los pueblos el son de la bocina, la flauta, la cítara, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento de música, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron y adoraron la estatua de oro que el rey Nabucodonosor había levantado.

Un “horno de fuego ardiente” como el nombrado, no era un instrumento inusual de castigo para los criminales en los tiempos de Babilonia. Jeremías refiere cómo a dos falsos profetas, Acab y Sedequías, “asó al fuego el rey de Babilonia” (Jeremías 29:22). El Código de Hammurabi implementa ese castigo. Aún en 1671-1677, el viajero francés Jean Chardin vio dos hornos de fuego en Persia, que se mantenían ardiendo para castigar a comerciantes que habían cobrado de más por los alimentos que vendieron.

Podemos tener la seguridad de que los ángeles del cielo estaban atentos al desafío. Satanás estaba procurando anular la verdad mediante Nabucodonosor. Esa misma batalla se está luchando hoy en el mundo. En las Santas Escrituras Babilonia es un símbolo de la confusión en el mundo religioso de estos últimos días, organizado con el fin de oponerse a la verdad al forzar las conciencias de las personas. Eventos como el descrito van a repetirse de diversas maneras en el futuro, antes que Dios establezca su reino eterno. Todos vamos a tener una parte en ese gran conflicto.

Observa cómo Nabucodonosor trató de imponer su adoración de los ídolos mediante la legislación. Eso era “hierro” mezclado con “barro”: la unión de la religión y el estado. Pero ninguna verdadera adoración a Dios puede ser impuesta por una ley terrenal. Toda persona debe ser libre para adorar a Dios rectamente según le dicta su propia conciencia.

Además, nadie que adore sinceramente a Dios puede presionar a su prójimo. Cualquier tipo de adoración que sea impuesta mediante legislación viene a ser inevitablemente perversa, ya que Dios no puede aceptar una tal adoración obligada. Las autoridades castigan siempre a quienes rehúsan obedecer. Por lo tanto, el libre albedrío queda inmediatamente anulado. Dios sólo aceptará la

adoración libre y voluntaria de sus criaturas. Por consiguiente, toda adoración impuesta mediante la coerción resulta ser idolatría.

Entre aquella gran multitud, sólo los tres jóvenes hebreos parecían haber comprendido claramente ese principio (Daniel estaba ausente por algún motivo, quizá por algún asunto de gobierno). Se requirió a los tres que acudieran por convocatoria del rey. Obedecieron hasta donde les fue posible, pero sabían que inclinarse y adorar la imagen sería una negación de su lealtad a Cristo. No podían hacer tal cosa, y no la iban a hacer. ¿Cómo podemos saber que obedecer al rey en ese asunto implicaba deslealtad hacia Cristo? ¿Acaso estaba Cristo por allí cerca? Ten paciencia, enseguida vas a encontrarlo en el relato.

Tan pronto como la orquesta filarmónica de Babilonia comenzó a tocar los primeros compases del himno nacional, todos debían inclinarse ante la imagen de oro. El plan del rey debía desarrollarse sin contratiempo. Pero los tres jóvenes habían preparado con antelación su respuesta. Mediante una concepción madura de los principios de la justicia por la fe, sabían que aquella confrontación iba a poner a prueba los principios del gobierno de Dios. Por sorprendente que pueda parecer, aquellos jóvenes tenían una comprensión del evangelio más madura que la de muchos hoy: su motivación no estaba centrada en su propia seguridad o preservación. Se habían graduado alejados del tipo de “experiencia cristiana” egocéntrica en la que nuestras oraciones tienen por objeto nuestra propia salvación. No. ¡Les preocupaba el honor e integridad de Cristo! De forma alguna cederían a un cumplimiento fingido sin que su corazón estuviera en ello, a fin de apaciguar una tibia y enferma conciencia laodicense (Apocalipsis 3:14-21). No se inclinarían para atarse los cordones de los zapatos justo en aquel momento, por ejemplo. Sus corazones estaban reconciliados con

Dios por la sangre de Cristo. La suya era una experiencia de fe, motivo por el que pertenecen al ilustre listado de Hebreos 11.

Daniel 3:8-12: Por esto, en aquel tiempo algunos hombres caldeos vinieron y acusaron maliciosamente a los judíos. Hablaron y dijeron al rey Nabucodonosor: —¡Rey, para siempre vive! Tú, rey, has dado una ley que todo hombre, al oír el son de la bocina, la flauta, la cítara, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento de música, se postre y adore la estatua de oro; y el que no se postre y adore, sea echado dentro de un horno de fuego ardiente. Hay unos hombres judíos, a los cuales pusiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos hombres, oh rey, no te han respetado; no adoran a tus dioses ni adoran la estatua de oro que has levantado.

Debido a que aquellos maestros caldeos se habían sentido humillados por la verdad de Dios cuando Daniel le reveló al rey su sueño, ahora estaban celosos de los hebreos. Eran conscientes de que no había forma de refutar la verdad de la fe de los hebreos en el verdadero Dios. Procediendo con cobardía y falsedad, los caldeos animaron al rey a que promulgara una ley coercitiva. De esa forma podrían librar el Imperio babilónico de quienes diferían de ellos en su fe.

Toda religión que pretenda apoyarse en leyes terrenales para apuntalarse demuestra ser débil y falsa. Los gobernadores terrenales deben asegurar a sus súbditos la libertad en asuntos religiosos.

Daniel 3:13-18: Entonces Nabucodonosor dijo con ira y con enojo que trajeran a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Al instante fueron traídos delante del rey. Habló Nabucodonosor y les dijo: —¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que vosotros no honráis a mi

dios ni adoráis la estatua de oro que he levantado? Ahora, pues, ¿estáis dispuestos para que al oír el son de la bocina, la flauta, la cítara, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento de música os postréis y adoréis la estatua que he hecho? Porque si no la adoráis, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiente, ¿y qué dios será el que os libre de mis manos? Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: —No es necesario que te respondamos sobre este asunto. Nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos del horno de fuego ardiente; y de tus manos, rey, nos libraré. Y si no, has de saber, oh rey, que no serviremos a tus dioses ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado.

¡Sin duda requiere un gran valor permanecer incólume en la soledad ante una multitud como aquella! Los tres jóvenes se ven ahora enfrentados cara a cara con la muerte. ¿Comprometerán su fe? ¿Se acobardarán ante el horno de fuego? ¿Temblarán ante la ira del rey? Aunque en sus corazones no se inclinen ante la imagen, ¿no podrían aparentar hacerlo de cara a los demás?

No. Los tres jóvenes no son cobardes. Saben qué es lo correcto, y no temen morir por ello. Ya han considerado previamente qué deben hacer, y han orado al respecto. Saben que Dios merece ser adorado con todo el corazón (Mateo 6:24). Recuerdan la promesa que Dios hizo al profeta Isaías muchos años antes: “**Cuando pases por el fuego no te quemarás ni la llama arderá en ti**” (Isaías 43:2). No tiemblan. Aunque con respeto y cortesía, responden al rey con firmeza: no pueden adorar la imagen, y no lo van a hacer.

Es digno de atención el buen ejemplo de los tres jóvenes al mostrar respeto y honor a las “**autoridades superiores**”. La Palabra de Dios nos dice que debemos someternos a dichas autoridades “**porque no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que hay, por Dios**

han sido establecidas” (Romanos 13:1). Leemos en Tito 3:1: “Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra”.

Pero cuando las leyes de los hombres entran en conflicto con la ley de Dios, nuestro deber es obedecer a Dios. Cuando el concilio judío ordenó a Pedro que no predicara en nombre de Jesús, respondió: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios” (Hechos 4:19). “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29). Esa fue la postura que adoptaron los tres jóvenes hebreos en la llanura de Dura. Sadrac, Mesac y Abed-nego acuden al evento debido a que se los ha convocado. Muestran su voluntad de obedecer al rey hasta donde resulte posible. Pero inclinarse y adorar su imagen, negar aquello que saben que es la verdad, contaminar su conciencia ante Dios, transgredir el claro mandamiento de Dios a fin de salvar sus puestos, su salud, su honor mundanal y sus vidas, unirse a Judas Iscariote en traicionar al Hijo de Dios, eso no lo van a hacer.

Dicen al rey con calma y respeto: ‘No hay necesidad de darnos una segunda oportunidad. ¡Sabemos qué es lo correcto!’

Daniel 3:19-23: Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, cambió el aspecto de su rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego y ordenó que el horno se calentara siete veces más de lo acostumbrado. Y ordenó a hombres muy vigorosos que tenía en su ejército, que ataran a Sadrac, Mesac y Abed-nego para echarlos en el horno de fuego ardiente. Así pues, estos hombres fueron atados con sus mantos, sus calzados, sus turbantes y sus vestidos, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiente. Y como la orden del rey era apremiante y habían calentado mucho el horno, la llama del fuego mató a aquellos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-

nego. Estos tres hombres, Sadrac, Mesac y Abed-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiente.

Al moderno lector pudiera sorprenderle que el gobernante de un imperio pudiera perder los estribos de esa forma pueril. Pero recuerda: es la edad de la tiranía pagana. El propio hecho de que Nabucodonosor se encolerizara de ese modo es una evidencia de que estaba haciendo lo incorrecto. Aunque había sometido con su espada al mundo entero, era incapaz de dominar su propio espíritu. Hasta su propio rostro cambió, tomando una apariencia demoníaca. Era insensato ordenar que el horno se alimentara más intensamente de lo habitual, ya que eso no haría más que resaltar el gran poder del Señor para librar a sus tres siervos. Una vez más el amado Señor intervino. ¡Él siempre observa lo que sucede en la tierra!

Daniel 3:24-25: Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo: ¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego? Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo: He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante al Hijo de Dios (NKJV).

¡Hasta la ira del hombre acaba siendo para alabanza del Señor! (Salmo 76:10). Alguien más poderoso que el rey se había hecho cargo de la situación. Las promesas que Dios hace a sus siervos se cumplen fielmente.

¿Cómo pudo el rey pagano saber qué apariencia tenía el Hijo de Dios? El pueblo de Dios del Antiguo Testamento miraba al futuro para la esperada primera venida de Cristo, mientras que nosotros la observamos en el pasado. Tanto ellos como nosotros vemos a Cristo por la fe. Nadie fue salvo jamás excepto por el poder de

Cristo. En Babilonia, los hebreos habían predicado a Cristo, el Redentor que estaba por venir. El rey debió recordar esa enseñanza, y a partir de ella reconoció al Hijo de Dios al verlo.

Por cierto, el relato no da la impresión de que tuvieran prisa alguna por salir del fuego. En el momento y lugar donde es necesario, Dios provee aire acondicionado. Los tres jóvenes se sentirían más que felices de estar allí, con tal de poder seguir caminando y conversando con Cristo. ¡Estar con él es recompensa más que suficiente ante todas las pruebas en esta tierra! Cuando hoy sufrimos por él, también nosotros podemos disfrutar de su presencia en la misma forma (Juan 15:18; Isaías 63:9; Santiago 1:2). Puede parecer difícil de creer, pero lo sabrás la próxima vez que seas arrojado al “[horno de fuego ardiente](#)” por tu fe en Cristo. Él se hará preciosamente cercano a ti, de una forma en que nunca lo conociste en tiempo de paz.

Daniel 3:26-30: Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiente, y dijo: —Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid. Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego. Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey para mirar a estos hombres, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos y ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas, intactas, ni siquiera olor de fuego tenían. Y Nabucodonosor dijo: “Bendito sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, los cuales no cumplieron el edicto del rey y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios. Por lo tanto, decreto que todo pueblo, nación o lengua que diga blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, sea descuartizado, y su casa convertida en estercolero; por cuanto no hay dios que

pueda librar como este”. Entonces el rey engrandeció a Sadrac, Mesac y Abed-nego en la provincia de Babilonia.

Acabó sucediendo precisamente aquello que Nabucodonosor procuraba evitar: toda nación, tribu, lengua y pueblo se enteró rápidamente del acontecimiento que manifestó el poder de Dios. Lo que los maestros caldeos tramaron a fin de que no se conociera la verdad, resultó en la mayor publicidad imaginable a favor de ella. Aquel día muchos tomaron su decisión de servir al Dios del cielo.

Pero Nabucodonosor todavía no comprende cabalmente. Es un párvulo en el jardín de infancia celestial. Aunque fue correcta su confesión pública de exaltar a Dios por encima de cualquier dios pagano, no tenía derecho alguno a imponer por la fuerza la adoración al Dios del cielo.

¿No es animador contemplar la fe y el valor de aquellos tres jóvenes hebreos? El secreto es este: cuando fueron llevados a Babilonia al principio, rehusaron comprometer su fe hasta en el menor particular (capítulo 1). Sabían que un compromiso con el mal lleva a otro paso sucesivo y descendente. Debido a su fidelidad al resistir la prueba menor, resultaron preparados para resistir la mayor. ¡Dios nos ayude a no dar jamás el primer paso hacia el pecado y el mal!

El libro de Apocalipsis despliega ante nosotros el relato de una prueba similar por la que algunos van a pasar. Va a establecerse una “**imagen de la bestia**” cuando se ordene a todos los habitantes de la tierra, de forma voluntaria o involuntaria, rendirle adoración mediante la obediencia a leyes religiosas de manufactura humana. Como en los días de Sadrac, Mesac y Abed-nego, se decretará la muerte de todo quien rehúse obedecer esa falsa religión. Tal como sucedió en la llanura de Dura, la inmensa mayoría se inclinará ante

los decretos de Satanás. Esa prueba nos ha de llegar a ti y a mí, y a todo habitante del mundo.

¿Quién va a preferir “[ser maltratado con el pueblo de Dios, antes que gozar de los deleites temporales del pecado](#)”? (Hebreos 11:25). ¿Dónde están los Sadrac, Mesac y Abed-nego de nuestros días, que obedecerán la verdad de todo corazón en la gran prueba? ¿Dónde están quienes obedecen diariamente a Dios en las pequeñas pruebas cotidianas de nuestra vida en el hogar, la escuela o el trabajo? ¿Quién podrá resistir en ese día decisivo que nos espera?

Para aquellos que han doblado realmente sus rodillas ante el gran Dios del cielo, no será difícil tomar la decisión correcta. No pueden estar atemorizados por ninguna amenaza humana, y no lo van a estar. La comunión con Cristo en sus sufrimientos les es más preciosa que la mejor recompensa que este mundo pueda ofrecer. El mensaje preciosísimo de la justicia de Cristo está ya ahora preparando a multitudes para mantenerse firmemente de parte del Salvador.

El mismo Dios que libró a Sadrac, Mesac y Abed-nego obrará poderosamente a favor de su pueblo que se mantiene por lo recto. Aquel que caminó con los tres jóvenes hebreos en el horno de fuego ardiente estará contigo allá donde te encuentres sirviéndole. Su presencia te animará y sostendrá. Ni Satanás con un millón de sus ángeles malos puede dañar al más débil de los santos de Dios.